

## ESTADOS DE CONCIENCIA

Me gusta leer fotografías. Contar las sílabas y las consonantes de una imagen, descifrar el relato que cuentan dentro del relato enmarcado. Escuchar las voces de un paisaje; de un espacio vacío; de una persona que se convierte en su ficción o en el instante de un secreto sin desvelar; de un objeto dormido o deslumbrado por la luz o por la soledad que lo desmorona despacio, sin ruido, en penumbra o desventrado bajo el sol o entre la lluvia. En todas hay un doble estado de conciencia: el de la naturaleza y su intimidad que desvela el fotógrafo, y el de la mirada con la que se hace cómplice del instante que congela y narra –como hace Carlos de Paz– el expresionismo poético de la existencia normal, y también del misterio que se intuye en el enfoque y en el plano de ese lenguaje que estimula la conversación con nuestra mirada, y con mi escritura.

No creo a los fotógrafos cuando afirman el puro silencio de las imágenes que nos ofrecen, que sus blancos en negro, en color o en grano, no cuentan nada, que sólo hay que mirar. Sentir la fotografía como una imagen que no necesita ser comprendida, sólo experimentar el goce de que nada sucede. La única imagen limpia y abstraída en sí misma en la plenitud de su belleza, de su silencio o de su monólogo, es aquella que existe libre de nosotros. A salvo de unos ojos que la contemplen. La mirada es una actitud que todo lo contamina en el sentido amplio y preciso del término. Sólo la inocencia del niño pequeño que anda aprehendiendo el mundo, descubriéndolo sin conceptos, puede captar una imagen ante la que tarda en interpretar después de la inicial y pulcra emoción que lo sacude. Es la razón por la que no creo a los artistas que defienden la virginidad de sus fotografías.

Yo prefiero lo contrario: que me despierte el deseo de meterme dentro y descubrir lo que no se ve, lo que realmente ocurre, aquello que está, que existe y te seduce o te interroga. Igual que hacen las criaturas de Carlos de Paz que sostienen la mirada, conversan con voces libres, sin trampa, una realidad encontrada y desafiante retándote a que seas un intruso entre sus límites y márgenes, dentro del corazón, de las vísceras, de las cicatrices, de los insomnios retratados por este madrileño, y almeriense de vocación, que en *Todo va bien* no necesita plano ni plomada para construir la metáfora que edifica una imagen. A Carlos de Paz lo que le gusta es cazar poemas visuales a la intemperie; reconocer en el objeto y en los lugares la magia

que queda mientras la vida pasa; retratar las tinieblas de lo desconocido y que su mirada haga de chamán para que sea la imagen en su retina la que nos cuente su auténtica naturaleza. Cada una de sus fotografías es el poema de un territorio de lo fantástico que nace de su mirada sobre el realismo estricto del que emana, enmarca y ennoblece la sugerencia que existe en el espacio, en el volumen, en la sombra, en la ausencia sobre las que dispara más allá de lo que cerca el visor de la cámara.

Podría decirse leyendo (y contemplando el trabajo visual por el que nos invita a pasear sin prisas, escrutando la huella de lo perdido, buscando lo que hay al otro lado de los espejos que enmarca y oculta) que Carlos de Paz conjuga magistralmente a Baudelaire y su *flâneur*, a Poe y sus abismos, y a Cortázar y su extrañamiento de lo aparente y de lo cotidiano, para crear un bello libro de arquitecturas y de presencias cuyo índice engloba un capítulo de geometrías, un capítulo de insomnios, otro de naufragios, y uno final de fantasmas que a veces, muchas veces, se entrecruzan compartidos, documentando y transmitiéndonos los ecos del goce y del pavor de saber que todo es fugaz, que en todo lo que miramos sin ver hay un enigma por descubrir.

Es difícil escoger las mejores piezas de este inventario de imágenes al borde de sí mismas y de una tristeza huérfana que a veces conmueve, y siempre nos identifica con el recuerdo de lo vivido, con el presente desde el que dialogamos nuestra ausencia. Incluso hay algunas fotografías en las que, si miramos a fondo, casi podemos rozar la sombra de nosotros en otro tiempo y ahora, envés y doble, huyendo por el ángulo muerto de lo insólito. Aún así, enmarco algunas para mi colección privada:

El patinete abandonado a pie de una infancia que cruzó de mundo, y al que las telarañas acarician en seda cubriendo el óxido de su cadáver petrificado.

El columpio de otoño en el que se mecen las hojas en una soledad de austera geometría equilibrada en su vacío.

La portería superviviente entre la marea salvaje del césped en oleaje. Arco de la memoria sin red por la que se cuelan las risas y el viento que las persigue.

Esa fachada de trébol al trece, cicatrizada en un verde embozado que clausura el reposo y esconde la trampa desde la que acecha un ojo imposible.

La encrucijada en triángulo con dos caminos de barro abriendo el destino de un relato; dos finales en la equis de sus horizontes en vértice.

La casa sin terminar convertida en un nido a punto de que el viento lo eche a volar, después que nadie advierta, que en su interior se esconde la lluvia cuando llueve.

El cartel de fantasmas traviosos jugando a ser notas de un pentagrama de sueños encarcelados y en casillas de las que cada cual salta y se escapa, menos uno a un breve de convertirse en el óxido que lo enmarca.

La señal de prohibido entre la hierba y el trigo, dos vías de sentidos contrarios por las que ordena el tráfico del viento y el de los pájaros.

La casa de Penélope donde queda la Singer de la memoria, las voces del amor y del regreso anunciado, el abrazo tejido y en espera frente a la puerta. De todo sólo queda la huella de su naufragio: los pantis desnudos del deseo, la chaqueta del héroe, el guante de una batalla y de una promesa. Una botella en la que tocó fondo el olvido.

También hay fachadas en los huesos, o con un tres en raya coronando las paredes en vértigo cerrado y a las que le falta formar parte del relato de grafitis –trazados como brasas humeantes a flor de piel– cruzando otras fotografías en las que el tiempo echa sus raíces y las desvanece despacio. No faltan callejones de la memoria, escaleras al limbo, pasadizos hacia una confesión o un beso en el que asentarse, cuadros informalistas que el tiempo improvisa en lienzos de ladrillo visto. Tampoco esos no lugares que asemejan dibujos geométricos de zonas sin confort, sobre una travesía o un fragmento de nosotros mismos, rotos en un espejo, invisibles y acróbatas en una medianería erosionada, en el vacío interior de la imaginación que estas fotografías de Carlos de Paz despierta para que nos encontremos en la frontera de otra realidad posible. Igual que ese baño con un espejo donde una puerta de ida y vuelta delata que él acaba de irse, dejándonos a solas como protagonistas de sus poemas. No teman, todo irá bien.

***Guillermo Busutil 2017***